

LIBRO SÉTIMO

LA LITERATURA ITALIANA

CAPITULO I

Lord Nelvil deseaba con ansia que Mr. Edgermond disfrutase de la conversacion de Corina, no ménos apreciable que sus versos improvisados. Al otro dia se reunieron en su casa las mismas gentes; y para estimularla á hablar, hizo recaer la conversacion sobre la literatura italiana, y excitó su natural prontitud afirmando que la Inglaterra poseia mayor copia de verdaderos poetas, y de poetas superiores por su energía y su sensibilidad á los que daban vanidad á Italia.

— En primer lugar, respondió Corina, los extranjeros regularmente solo tienen noticia de nuestros poetas de primer orden, el Dante, Petrarca, Ariosto,

Guarini, el Taso y Metastasio, y tenemos otros muchos, como Chiabrera, Guidi, Filicaja, Parini, etc., sin contar á Sanazaro y á Policiano, etc., que han escrito con genio en latin; y todos reunen en sus versos el colorido á la armonía; todos saben, con mas ó ménos destreza, emplear en las pinturas del habla, las maravillas de las bellas artes y de la naturaleza. No se halla, es verdad, en nuestros poetas aquella melancolía reconcentrada, aquel conocimiento del corazon humano que caracteriza á los vuestros; pero esa especie de superioridad ¿no es mas propia de los filósofos que de los poetas? La melodía espléndida del Italiano conviene mas al brillo de los objetos exteriores que á la meditacion. Nuestra lengua seria mas adecuada para pintar el furor que la tristeza, porque los sentimientos meditados piden expresiones mas metafísicas, miéntras que el deseo de venganza anima la imaginacion, y arroja hácia fuera el dolor. Cesarotti ha hecho una traduccion elegante y bellísima de Osian; pero al leerla parece que las voces en sí mismas tienen un aire de fiesta opuesto á las ideas lóbregas que expresan. Nuestras suaves palabras, de *arroyo cristalino*, *risueña campina*, *fresca sombra*, encantan como el murmullo de las aguas, y la variedad de los colores: ¿qué mas pretendeis de la poesía? ¿á qué es preguntar al ruisenor qué significa su canto? no puede explicarlo, sino empezando á cantar de nuevo; ni es dable comprenderle, sino entregándose á la

impresion que produce. La medida de los versos, las rimas armoniosas, aquellas terminaciones rápidas compuestas de dos sílabas breves, cuyos sonidos resbalan en efecto, como lo indica su nombre (*sdruc-cioli*), imitan á veces los pasos ligeros de la danza; á veces otros tonos mas graves representan el estruendo de la tormenta, ó el estrépito de las armas; en fin, nuestra poesia es un portento de la imaginacion, y no debe buscarse en ella otra cosa que sus placeres bajo todas formas.

— Ciertamente, repuso lord Nelvil, explicais con perfeccion las bellezas y los defectos de vuestra poesia; pero cuando se hallan en la prosa los mismos defectos, y no las bellezas, ¿cómo podreis defenderlos? Lo que solamente es vago en la poesia, es vaciedad en la prosa; y la infinidad de ideas triviales que vuestros poetas saben hermosear con su melodía y sus imágenes, vuelve á presentarse en la prosa friamente, y con una cansada viveza. La mayor parte de vuestros escritores en prosa, tienen hoy un lenguaje tan declamatorio, tan redundante, tan copioso en superlativos, que al parecer escriben todos á *salario*, con frases señaladas, y para una naturaleza convencional, sin advertir siquiera que escribir es expresar cada cual su carácter y su pensamiento. El estilo literario es para ellos un tejido artificial, un mosaico *embutido*, un no sé qué extraño por fin á su alma, que se hace con la pluma como una obra mecánica con los dedos; poseen en

supremo grado el secreto de amplificar, de comentar, de hinchar una idea, de hacer espumar un sentimiento, si es lícito hablar así, de forma que se le ocurre á quien los oye, decirles como aquella mujer africana á una señora francesa que llevaba un gran tontillo debajo de un largo vestido. *Señora, ¿y todo eso es tambien vos?* En efecto, ¿dónde está la realidad en toda esa pompa de voces, que una expresion bien sentida haria desvanecer como un prestigio vano?

— Olvidais, interrumpió Corina con prontitud, en primer lugar á Maquiavelo y Bocacio, despues á Gravina y Filangieri, y aun en nuestros dias á Cesarotti, Verri, Bettinelli y otros muchos que saben escribir y pensar. Pero convengo en que desde los últimos siglos, viéndose Italia privada de su independencia por circunstancias desgraciadas, se ha perdido en ella todo interes de la verdad, y en muchas ocasiones hasta la posibilidad de decirla; de donde ha dimanado la costumbre de complacerse en las palabras, sin determinarse á llegar á las ideas. Como era seguro con los escritores no habia de lograrse influjo alguno en las cosas, solo se escribia para ostentar disposicion, medio infalible para dejar bien presto de tenerla, porque el modo de encontrar ideas es dirigirlas á un objeto noblemente provechoso. Cuando los escritores en prosa no pueden tener ninguna especie de influencia en la felicidad de una nacion, cuando únicamente se escribe por lucir, en fin cuando el camino es el término, se

dan mil vueltas y revueltas; mas no se adelanta. Es verdad, los Italianos temen á los pensamientos nuevos; por pereza, no por servilidad literaria: su índole, su jovialidad, su imaginacion tienen mucha originalidad, y sin embargo, como no se dedican á reflexionar, sus ideas generales son comunes; su misma elocuencia tan viva cuando hablan, carece de naturalidad cuando escriben, como si se enfriasen en el trabajo; verdad es que los pueblos meridionales se embarazan con la prosa, y solo en verso pintan sus verdaderos sentimientos. No sucede así en la literatura francesa, dijo Corina, dirigiéndose al Conde de Erfeuil, vuestros prosistas son á veces mas elocuentes y aun mas poéticos que vuestros poetas. — Es seguro, respondió el Conde, que en esa clase tenemos las verdaderas autoridades clásicas; Bossuet, la Bruyere, Montesquieu, Buffon, no pueden ser excedidos, en especial los dos primeros que son de aquel siglo de Luis XIV, nunca bastante alabado, y cuyos perfectos modelos es fuerza imitar con empeño: este es un consejo que los extranjeros deben apresurarse á seguir del mismo modo que nosotros. — Cuéstame trabajo ceer, replicó Corina, que fuese de desear para el mundo entero perder todo color nacional, toda originalidad de sentir y de talento, y me determinaré á deciros, señor Conde, que en vuestro propio país esa *ortodoxia* literaria contraria á toda innovacion feliz, y debe á la larga hacer muy estéril vuestra literatura: el genio es crea-

dor por esencia, lleva el carácter del individuo que le posee; y la naturaleza que no ha permitido se pareciesen dos hojas, ha dado aun mayor variedad á las almas: así la imitacion es una especie de muerte, por cuanto despoja á cada uno de su existencia natural.

— Quisiérais, ¿no es verdad? hermosa extranjera, repuso el Conde de Erfeuil, que admitiésemos entre nosotros la barbarie tudesca, las noches de Young de los Ingleses, y los *Concetti* de los Italianos y de los Españoles: mas ¿qué seria entónces del gusto, de la elocuencia del estilo frances, corrompido con semejante mezcla? — El príncipe de Castel-Forte, que aun no habia hablado, dijo: — A mi parecer, todos necesitamos unos de otros; la literatura de cada país descubre á quien sabe conocerla una nueva esfera de ideas: el mismo Cárlos V decia: *un hombre que sabe cuatro lenguas vale por cuatro*; y si este gran genio político juzgada así para los negocios, ¿no es mucho mas cierta su idea para las letras? Todos los extranjeros saben frances, por tanto su vista se extiende mas que la de los Franceses que ignoran las lenguas extranjeras. ¿Por qué no se dedican mas á aprenderlas? así conservarían lo que los distingue, y á veces descubrirían lo que puede faltarles.